

La voz del río

A la hora de señalar lo que había que hacer para corregir algunos de los males de la Patria, Ricardo Macías Picavea señalará en su libro, "El problema nacional", la restauración del suelo, y como primer capítulo de esta restauración, la "política hidráulica" (1).

Doce años después de la aparición de "El problema nacional", Joaquín Costa reuniría en un volumen, bajo el título de "Política hidráulica", sus trabajos sobre el tema. El libro se reedita ahora de nuevo, y en no pocas cosas conserva su actualidad: Aragón sigue teniendo sed (2). Porque aunque haya un pantano de nombre Joaquín Costa y el río Esera no se lamenta ya, otros muchos ríos podrían hacer suyas las voces que Costa recogió más de una vez. En este libro aparecen dos veces. Una dentro del discurso pronunciado por Costa como presidente de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, con sede en Graus, iniciadora de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Otra, en "Vida Nueva", número 31, del 8 de enero de 1899. El agua traería la civilización, el verdor, la prosperidad y la riqueza, cambiando los "páramos africanos" en "inmensa pradera roja y verde, de trébol, alfalfa y esparceta, poblada de rebaños lucidos de ovejas y vacas en libertad, entre setos de arbolado...". Bucólico panorama que, ciertamente, no encuentra el viajero del actual Aragón, como tampoco lo encontraba el de hace tres cuartos de siglo.

Por política hidráulica entendía Joaquín Costa algo más amplio que lo que el adjetivo señala y limita. Con ello quería expresar "en cifra toda la política económica que cumple seguir a la nación para redimirse". Ambicioso plan, que así formulado parece casi obra de un arbitris-



Joaquín Costa.

ta. Aparte de que no siempre sería conveniente mirar de manera peyorativa a todo tipo de arbitristas (piénsese en los arbitristas de nuestro siglo XVI y XVII, portavoces, de hecho, de cierto tipo de contestación económica), aparte de eso, repito, es un pensamiento que enlaza con una tradición de patriotismo y que será encarnada en la época de Costa por el "regeneracionismo", con las salvedades de "prefascismo" que puedan señalarse (Solana, en la edición de Macías Picavea, citada en la nota 1, niega este carácter de precursores del posterior fascismo, aunque reconoce que en la búsqueda de soluciones tiene Picavea "elementos familiares a los regímenes totalitarios que surgieron en Europa después de la primera guerra mundial"; Tierno y Morodo han señalado los rasgos prefascistas de la llamada "generación sociológica" del 98).

Costa parece hacer suya la conocida frase del padre Feijóo: "El descuido de España lloro, porque el descuido de España me duele". Y llorará por un Aragón sin agua, reseco y africano, cruzado por ríos que van a morir inútiles en la mar. Cuando estos ríos se aprovechan, el paisaje y la vida cambian. El agua que no da la vida, la quita, dirá. Y tronará porque esos embalses de agua que son los Pirineos encuentren cauces a la hora del deshielo, cauces que sirvan para

regar y dar vida, no para matar en las riadas. Costa cita un ejemplo estremecedor: los vecinos de Santa Eulalia cruzaban el Gállego en barca, en dirección al santuario de la Virgen de Muriello, para solicitar de las alturas celestiales el beneficio de la lluvia, cuando una riada se llevó por delante a quince personas (la mayoría madres). Costa acaba así: "Y quince personas encontraron muerte cruel en aquel soberbio raudal, engrosado por las nieves, que habría bastado para regar los campos de Santa Eulalia y de cien poblaciones más y comunicar la vida a una comarca feracísima tan extensa como la de los Monegros y hacer de ella el primer granero de España y uno de los más hermosos paraísos de la Europa meridional". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Portugal: Una crónica total

Como periodista Manuel Leguineche cubre los conflictos internacionales con una rapidez de reflejos en la que sólo le llevan la delantera, por horas, las agencias informativas. Así, en Caldas de Rainha, en el golpe revolucionario del 25 de abril, cuyas crónicas se publicaron en TRIUNFO. En cambio, como escritor de libros, Leguineche se lo piensa dos veces. Ha dejado pasar una auténtica avalancha de libros sobre la revolución portuguesa, ha preferido que su informe — "Portugal, la revolución rota" (1) — recogiera el proceso entero hasta esa normalidad peculiar de la democracia portuguesa. No quiere ello decir que el autor temiera una evolución de los acontecimientos tal que desautorizara su posición, la que reflejó en los primeros momentos y la que iba a desprenderse del libro. Porque nada puede desautorizar lo que fue puntual y exacta información, aunque en ella se advirtiera bien claramente

te la simpatía hacia la ruptura que supuso el golpe militar y la normalización de la vida política en Portugal. En las páginas preliminares escribe Leguineche: "A los que estuvimos en Portugal para contarlos desde los días de Caldas de Rainha, nos han echado en cara nuestra ingenuidad política y nuestra excesiva capacidad de entusiasmo por lo que vimos. Pero nunca llegamos a escribir que la revolución sería una fiesta permanente". Si esto es cierto, también lo es que el plazo que Leguineche se ha marcado para la edición del libro le permite valorar el proceso en toda su complejidad, de tal forma que se evita cualquier oportunismo coyuntural.

No ha seguido Leguineche una descripción lineal del proceso portugués. Tal método hubiera estado más justificado en un informe de urgencia. A estas alturas el autor ha optado por un montaje de contraposiciones, de vueltas atrás. El relato comienza en los días dramáticos del final de septiembre del 74, el famoso 28, cuando "alguien había tratado de robar a los portugueses el espíritu del 25 de abril". De esta Lisboa con barricadas saldría una nueva situación revolucionaria, pero al mismo tiempo se plantearían de forma definitiva unos problemas y unas tensiones que habían estado envueltos por el manto de claveles de los primeros momentos. Desde esta perspectiva volverá el autor al 25 de abril, a la primavera de Lisboa. En los momentos claves, en los días calientes del proceso, la descripción de los hechos es tan pormenorizada, que se va siguiendo por horas, por minutos, en un afán de información exhaustiva. Esta es, sin duda, una de las características relevantes del libro: la voluntad de información total que ha tenido Leguineche, y que ha cumplido. Si el lenguaje es tan atractivo como el de la crónica periodística, esta exigencia hace del informe un texto implacable. Tan implacable para el lector como útil para los especialistas en el tema. Es obvio que el autor ha querido compensar el aplazamiento del libro con

(1) Reeditado en una trabajada antología de Fermín Solana por Seminarios y Ediciones, 1972.

(2) En la nueva colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería, del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

(1) Manuel Leguineche: "Portugal, la revolución rota". Ediciones Felmar, Punto Crítico, Madrid, 1976.

una información exhaustiva. Al margen de la narración de los hechos políticos introduce capítulos dedicados al colonialismo salazarista, a la oligarquía financiera portuguesa, al MFA, a los partidos políticos, a hechos tan discutidos como el caso "República", a la caza de los comunistas, la caída de Vasco Gonsalves... Asimismo es notable el acarreo de material documental, incluido el gráfico, las citas de periódicos, de libros, de textos programáticos, de pasajes de entrevistas e incluso de entrevistas completas.

"Portugal, la revolución rota" es, pues, un libro a la altura del tiempo en que aparece.
■ C. A. R.

El "Ulises" de Valverde

Pocas obras como "Ulises" —tal vez ninguna, si exceptuamos "Finnegan's Wake"— presentan tal cúmulo de escabrosidades incluso para el traductor más experto. Y José María Valverde lo es.

Sus versiones de Shakespeare y de Melville y, en otro ámbito, sus recreaciones de Rilke o de Hölderlin, su condición de estudioso de la literatura, sus largos años de docencia en España y luego en Norteamérica, después de que abandonase su cátedra de estética en Barcelona, en solidaridad con Tierno, con Aranguren, con García Calvo... y también, claro está, esa familiaridad con las palabras que da el oficio de poeta, en el que Valverde es ya veterano, todo ello parecía avalar de antemano la calidad de su trabajo.

Valverde debía en cualquier caso tratar de mejorar la traducción ya existente, publicada en Sudamérica, y que era la que más o menos todos habíamos manejado. Aquella versión de Salas Subirat presentaba acaso el defecto de un excesivo esquematismo, de una grave falta de matización.

De ahí que se aguardara con impaciencia la versión prometida por Lumen. Espera que se ha

visto por fin colmada por la aparición en los escaparates de los dos volúmenes que componen este nuevo "Ulises" de Joyce-Valverde.

En su prólogo, preciso y documentado, Valverde señala al lenguaje como auténtico protagonista del "Ulises". Lo era ya hasta cierto punto de "El retrato del artista adolescente", y lo será de modo absoluto en el caso del "Finnegan's Wake".

Ningún autor ha sentido como Joyce el encantamiento de la palabra humana. En Joyce pierde el lenguaje definitivamente su transparencia para volverse intransitivo, opaco. Ya no es una simple ventana por la que nos asomamos al exterior, sino que el cristal y esa realidad que creemos percibir detrás aparecen indisolublemente ligados; son algo así como las dos caras de una misma hoja.

El lenguaje lo es, efectivamente, todo en "Ulises". A través de él, los personajes ven, oyen, sienten, respiran, viven. La visión que cada uno de ellos tiene del mundo se ve directamente conformada por su particular experiencia lingüística. De ahí la naturaleza proteica que tiene el lenguaje en esta obra. Según la conciencia en que se instale, aquél aparecerá alternativamente culto o vulgar, prosaico, balbuciente, taquigráfico, blasfemo, estereotipado, escatológico, abstracto. De ahí tam-



James Joyce.

bién esa fascinante impresión polifónica que nos produce la lectura del libro.

A la vista de esa riqueza de matices —y de muchos otros datos que habría que apuntar, como el hecho de que el "Ulises" constituya una especie de encrucijada de modos y de estilos a la vez que una constante parodia del inglés literario desde Chaucer hasta Lewis Carroll— se comprenderá la dificultad de verter la obra de Joyce a otra lengua.

Valverde ha tenido que adaptar el castellano a la incomparable capacidad sintética del inglés, sobre todo cuando es Joyce quien lo maneja. Dos peligros evidentes existían —el recurso a prolijos circunloquios para salvar el sentido original o una cierta infidelidad en aras del ritmo—, obstáculos que el traductor ha sabido sortear de modo casi siempre admirable.

Igualmente ha tenido Valverde que estrujar una y otra vez nuestro idioma en busca de equivalentes válidos a los juegos de palabra —de múltiple significado— y las onomatopeyas que configuran el texto joyciano. Y aquí también ha sabido Valverde combinar la imaginación con la honestidad, dos condiciones ineludibles para lograr una buena traducción. Decididamente, la espera ha valido la pena. ■ JOAQUIN RABAGO.

La imposible vida futura de E. M. Forster

La muerte de Edward Morgan Forster coincidió aproximadamente con la cristalización parcial del "Wolfenden Report" en unas normas legales aprobadas, tras tumultuosos debates, por el Parlamento británico. E. M. Forster había nacido en 1879 —en una época dominada por la hipocresía y el puritanismo victoriano— y moría en 1970, muy viejo ya para beneficiarse de unos nuevos esquemas sociales y unas nuevas estructuras jurídicas que admitían la institucionalización de las relaciones homosexuales. Porque, al parecer,

E. M. Forster era, como muchos de sus personajes, homosexual congénito. Y, sin embargo, a diferencia de otros escritores con idénticas tendencias afectivas, soslayaba premeditadamente las fomas elípticas —la metamorfosis sexual o la "neutralización" del objeto erótico, por citar las más empleadas— y llamaba abiertamente a las cosas por su nombre. E. M. Forster fue, en este sentido, un modelo de honestidad semántica; y precisamente esa honestidad lo redujo poco menos que a la categoría de escritor inédito. Consideraba que sus obras eran excesivamente "shocking" para la mayoría de sus contemporáneos; y por ello apenas publicó en vida una mínima parte de su copiosa producción literaria.

Algunas de esas narraciones inéditas acaban de ser editadas en España bajo el título de una de ellas: "La vida futura" (1). Quienes desconozcan la escasa obra de E. M. Forster impresa en lengua castellana (2), habrán experimentado, sin duda, un vago sobresalto al enfrentarse a esta colección de relatos. El lector hispánico no está, por desgracia, acostumbrado a la sinceridad. El hábito de leer entre líneas crea una cierta deformación receptiva. Y si bien E. M. Forster utiliza en ocasiones el recurso de la ambigüedad —una inteligente ambigüedad que recuerda a veces la de Henry James—, es, por el contrario, sumamente unívoco y explícito cuando alude al tema de las inclinaciones sexuales.

No debe creerse, pese a todo, que los relatos de E. M. Forster constituyen una variante más o menos culta de lo que pudiéramos llamar "literatura erótica". Aunque el propio E. M. Forster, al referirse a sus narraciones, las clasificaba en dos categorías

(1) Edward Morgan Forster: "La vida futura". Introducción de Oliver Stallybrass. Traducción de José Luis López Muñoz. Alianza Editorial. Colección Alianza Tres. Madrid, 1976.

(2) Se han publicado en castellano las siguientes obras de E. M. Forster: — "El paso a la India". Traducción de J. R. Wilcock. Ed. Sur. Buenos Aires, 1955. — "Maurice". Traducción de José M. Álvarez Flórez y Angela Pérez Gómez. Ed. Planeta. Barcelona, 1973. — "La mansión". Traducción de Eduardo Mendoza. Ed. Planeta. Barcelona, 1975.